

**Olga Pombo, *Unidade da Ciência. Programas, Figuras e Metáforas*,
Lisboa, Edições Duarte Reis, 2006, 340 pp.**

por

MARINA LÓPEZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Devenires, VIII, Julho 2007, pp. 192-197

La Unidad de la Ciencia es la finalidad última del pensamiento. Es a través de ella que se puede percibir la voluntad de estar en paz con el mundo y de reconocer la permanencia de un proyecto secular que funciona como correlato de la pluralidad que constituye lo humano. A partir de la Unidad de la Ciencia es posible reconocer, salvar y conmemorar lo diverso (p. 309). Esto no significa, sin embargo, que la UC¹ aparezca libre de dificultades de precisión, definición y justificación de su pertinencia a lo largo de la historia del saber humano cuyo origen Olga Pombo coloca en la antigua Grecia. Por el contrario, es justamente la variedad y ambigüedad que caracterizan la idea de Unidad de la Ciencia lo que lleva a Olga Pombo a pensar y sistematizar sus contenidos, las figuras a partir de las que se vincula a la humanidad y las metáforas en que se ha transmitido a través del tiempo como una necesidad teórica, explicativa; pero también como propiedad inherente a las maneras en que los seres humanos nos relacionamos con un entorno que, pese a su diversidad, es uno solo. En pocas palabras, el hilo conductor de la investigación de Olga Pombo son las modificaciones de la UC a lo largo de los siglos.

El libro de Olga Pombo, *Unidade da ciência. Programas, figuras e metáforas*, está dividido estructuralmente en tres partes: 1. “Da ideia e dos níveis de realização da Unidade da Ciência”, 2. “Das figuras da UC e da classificação das ciências” y 3. “Das metáforas da UC”. En cada una de ellas, Olga Pombo describe, problematiza y clarifica en torno a las dificultades teóricas, y de aplicación, de una idea de Unidad de la Ciencia omniabarcante y sin fisuras. Es precisamente la naturaleza “plural” de esa Unidad, y del saber en general, lo que permite que la idea de Unidad de la Ciencia no pierda vigencia y significatividad al interior no sólo del campo de la filosofía de la ciencia y la epistemología, sino que adquiere validez en la amplia esfera del conocimiento. En otras palabras, Olga Pombo, siguiendo a Leibniz con un ánimo poco ortodoxo en la comprensión de los presupuestos conceptuales del filósofo, abunda en la definición de una noción amplia de UC, entendida no únicamente como la idea en que confluyen los principios, problemas y conceptos del saber científico, sino de la “ciencia” como la dimensión en que pervive el conjunto general del conocimiento, en el sentido que Platón daba al “conocer” en el *Teeteto*, y la idea leibniziana de identificar el saber en una *Mathesis Universalis*.

Son muchos los tópicos que podemos encontrar en el libro. Aquí nos limitaremos a indicar las características que, a nuestro ver, constituyen el centro de cada una de las partes de la Unidad de la Ciencia, con todos los problemas y matices que Olga Pombo no duda en clarificar.

El libro, sobra decirlo, pese a la variedad de autores que lo componen, no es un mero compendio de erudición en el que los lectores no versados en sus temáticas podríamos fácilmente perdernos. Hay una voz que permanece en primer plano y un objeto a perseguir: Olga Pombo establece un diálogo con los filósofos de distintas vertientes, a pesar de que sus presupuestos son leibnizianos, y evidencia la actualidad del problema de la UC. Así, afirma Olga Pombo en el Prefacio del libro, “se podría decir que el estudio que ahora se presenta tiene como última y remota ambición procurar pensar cuáles son los actuales desafíos que la actual situación disciplinar de los saberes coloca a la concepción unitaria del saber de que Leibniz (mas no sólo él) es un destacado representante”. Esta actitud de Olga Pombo hace del libro una oportunidad no sólo para los versados en el discurso científico y filosófico de acercarnos un poco más a las diversas problemáticas que enfrenta, y ha enfrentado, la idea de UC como idea regulativa en el cuerpo general del saber, sino que también constituye el material didáctico necesario a la enseñanza de las formas en que se ha desarrollado el conocimiento. El libro forma parte de esa figura que Olga Pombo coloca como uno de los centros mundiales de preservación y transmisión del saber: la biblioteca.

En la I parte del libro, la autora explora en torno a las peculiaridades teóricas de la Unidad de la Ciencia. Preguntas tales como “¿Cuál es el origen de la idea de Unidad de la Ciencia? ¿Qué transformaciones se dieron en ella a lo largo de la Historia de la cultura? ¿Cuáles las formas particulares a través de las que cada época se apropia de la idea de UC? ¿Qué mecanismos, qué estructuras académicas, o de otro tipo, fueron desencadenadas con el objetivo de promover la UC? ¿Qué metáforas se utilizaron para pensarla?”, son las inquietudes a partir de las que Olga Pombo expone “la pluralidad de significaciones que esconde la UC”, las categorías que le permiten su análisis y las clasificaciones de que ha sido objeto.

En la primera parte, pues, Olga Pombo describe las maneras en que la UC ha sido pensada, desarrollada, estructurada; las formas en que han aparecido las fracturas y novedades que le hacen parte de una época particular de la historia de la humanidad sin que ello impida que se la identifique, diferencie y piense en otros momentos del devenir del tiempo, desde la antigua Grecia hasta nuestros días. La idea que subyace a esta problemática es, para Olga Pombo, la del diálogo permanente entre el pasado y el presente en la conformación del conocimiento y la vida de los seres humanos. La autora nos advierte, en este sentido, de la creencia que mantiene el anhelo de su investigación: “que la revisión del pasado es un elemento indispensable de la autonomía del pensar, de que la creación de nuevas estructuras pasa por el encuentro con una historia, por la construcción de una narrativa, de que lo nuevo se teje con lo antiguo” (p. 22).

Las dificultades de concordar en la fundamentación de la UC no sólo se centran en la histórica polémica establecida por dos de las más representativas formas de comprensión del mundo: el empirismo y el racionalismo. Ambos modos del pensar, el realista y el racionalista, persiguen demostrar que lo que fundamenta la UC es, por un lado, la “unidad del mundo” y, por otro, la “unidad de la razón” en la medida en que el sostén de la UC es “aquello que le confiere validez objetiva”. Sin embargo, el problema del método y del objeto de la UC ha permitido apreciar que ella es una “*apertura* de las ciencias al problema del devenir”, que ella es, antes que un concepto o una realidad, una idea regulativa, en términos de Kant, un filosofema.

Las diversas perspectivas a través de las que se ha pensado la UC no son la única dificultad que ella opone a su definición. Los problemas no son únicamente de ordenación de las diferencias en un espacio iluminado por la realidad o por la razón. Hay también un problema de

comunicación de esa ordenación. Así, señala Olga Pombo, la idea de Bacon y de Leibniz de “dotar a la ciencia de un lenguaje que permita la traducción fiel del pensamiento y constituya una vía adecuada para el conocimiento de las cosas” (p. 77) tiene su más precisa y acabada manifestación en el neopositivismo lógico de Carnap quien, pese a las distancias temporales y conceptuales que le separan tanto de Bacon como de Leibniz —y a éstos entre sí—, quería que la lengua no sólo expresara la verdad sino que fuera la base de la comunicación entre los sabios. Esa unidad es, según Carnap, “la condición preliminar de la UC”, pues uno de los problemas más grandes de la UC está en la necesidad de hacer comprensible el conocimiento nacional a los científicos de todo el mundo, una dificultad que el *poliglotismo* no ha podido resolver.

Las partes II y III contienen, respectivamente, la descripción de las figuras y las metáforas de la UC. Tienen un carácter menos conceptual que la primera parte, que no merma el rigor de la argumentación. Olga Pombo continúa en la labor de señalar distinciones tanto de las figuras como de las metáforas de la UC. La primera de estas distinciones aparece en el sentido de cada una de las partes: figuras y metáforas no son utilizadas aquí como sinónimos. La figura no es una metáfora, y la metáfora no es una figura a través de la que se expresa una cosa con el nombre o la imagen de otra. Ambas nociones aluden a realidades distintas y claramente diferenciadas no sólo como partes constitutivas y representativas de la idea de UC, sino también como referentes mundanos.

Por figuras de la UC, Olga Pombo entiende aquellos espacios cuya tarea es originar, preservar, clasificar y transmitir el conocimiento. Estas tareas han sido, durante milenios, el trabajo de la “república de los sabios”, el grupo de especialistas que se reúnen a dialogar en torno aun tema común; el museo, el espacio que anida el testimonio de las grandes creaciones humanas; la enciclopedia y la biblioteca, lugares en que se clasifica y ordena el conocimiento; y la escuela. Es esta última, a mi parecer, la que representa no sólo el centro originario de la ciencia, sino también el lugar de reunión de los sabios, de la preservación y representación del mundo conocido y la transmisión del saber a través de las generaciones por medio de la enseñanza.

Es por esta razón que Olga Pombo enfatiza sobre la necesidad, por un lado, “de recuperar la dignidad de la palabra Enseñanza como tarea fundamental de la Escuela. Enseñar no es desvirtuar sino *virtualizar*, explicar, desdoblar lo que estaba doblado”; o en otros términos, “encontrar las palabras necesarias para que el pensamiento piense lo no pensado”. Y, por otra parte, requerimos “pensar la Escuela no sólo como el lugar de adquisición *individual* de determinados conocimientos (currículum) sino como un lugar necesario al crecimiento *colectivo* de los conocimientos humanos” (p. 161). Es en la escuela, además, donde la mayoría de la población puede acceder a los avances científicos, condición para la formación de una “opinión pública” capaz de poner en cuestión los usos negativos del progreso de las ciencias sobre la humanidad.

Mientras que las figuras de la UC aluden a espacios que forman parte del mundo, concreto y cognitivo (aunque paradójicamente se encuentren en sus márgenes), las metáforas son las *imágenes* a través de las que se ha presentado la UC. Son cinco las metáforas que refiere Olga Pombo: el círculo, el árbol, el mapa, la casa y la red, última forma de representación de la UC cuya naturaleza virtual y permanente apunta a preservar los avances y contenidos de la ciencia, del mismo modo que a rescatar el carácter dialógico originario del saber, cuya tradición dio inicio con Platón en la Academia. Todas estas metáforas, sin excepción, son variaciones de la

“naturaleza de la espacialidad”, no del espacio, y se presentan como geometrías de las estructuras mentales de los observadores, o los científicos; son, en otras palabras, imágenes abstractas no espaciales. “De ahí que, señala Olga Pombo, hacer el dibujo de las metáforas es, en una palabra, trazar una geografía de la razón” (p. 293).

Las metáforas modernas de la UC comenzaron como un sueño. Su existencia se hizo necesaria a la imaginación de la humanidad antes de contener una referencia a lo real. Así, dice Olga Pombo, “la UC en Descartes tuvo que ser primero soñada para transformarse en evidencia lúcida extraída de las cosas y de los hombres”. Del mismo modo que Rousseau quien, en su camino de visita a Diderot, “se vio súbitamente arrebatado por una visión sinóptica de la Historia de la Humanidad y de la totalidad de los conocimientos y de las artes” (p. 292).

Lo que quiere decir que todas las metáforas hacen visible algo del dominio del concepto pero, al mismo tiempo, fijan el concepto en las determinaciones de la visibilidad de aquello que, no visible, excede a la simple ilustración de lo invisible.

Olga Pombo nos recuerda, en su proceder metodológico, el carácter originario del filosofar: la distinción esencial de términos y, con ello, la precisión en referencia al mundo, pues “es fundamentalmente de distinciones que se hace el trabajo de la filosofía”. La primera distinción que Olga Pombo propone, y que atraviesa la totalidad del libro, se refiere a la naturaleza del “objeto” que ella persigue analizar: la Unidad de la Ciencia. Pues, dice Olga Pombo, “la idea de Unidad de la Ciencia se confunde con la propia idea de la ciencia. En verdad, en su descripción más breve, la Unidad de la Ciencia no es más que la unificación de los saberes, los datos, las experiencias, las leyes y las teorías... [en este sentido] la Unidad de la Ciencia sería la tarea central cognitiva propia de la ciencia” (p. 16), la representación del conocimiento en su totalidad y no únicamente del conocimiento científico. Esta es, por otro lado, parte fundamental del trabajo emprendido por Olga Pombo, una actividad que se presenta como la forma más genuina de recordar la tarea del pensar filosófico: rastrear el sentido de problemas antiguos en nuestros días, su valor y posibilidad de explicación y aproximación a las dificultades que el tiempo coloca sobre cada uno de nosotros, no en tanto que seres dedicados al pensar sino en nuestra general y común condición de seres humanos.

Notas

1. Utilizaremos a partir de ahora la abreviatura que Olga Pombo, a lo largo del libro, adopta para referirse a la Unidad de la Ciencia: UC.